



EDITORIAL

Internacional, interdisciplinar e interfinanciada

La semana pasada, varias revistas -*Genome Research*, *Science*, *Genome Biology*, *Nature* y *Blood*- se hicieron eco de un trabajo internacional que ha identificado unos 6.600 genes cuyo nivel de expresión varía en humanos y ratones. Está firmado por 136 coautores, entre ellos el español Roderic Guigó, del Centro de Regulación Genómica de Barcelona, y financiado por un puñado de instituciones públicas y privadas como los Institutos Nacionales de Salud de Estados Unidos, el Plan Nacional de I+D español, el Wellcome Trust británico, el Laboratorio Europeo de Biología Molecular y La Caixa. El trabajo se encuadra en el proyecto *Encode* (*Encyclopedia of DNA Elements*), un catálogo de los elementos funcionales del genoma humano, y en el *mouseEncode*, su equivalente en ratones. Es uno de los paradigmas de la investigación actual: internacional, interdisciplinar e interfinanciada.

Esta tendencia, cuya puesta de largo se celebró

a comienzos de siglo con la presentación en la Casa Blanca del borrador del Proyecto Genoma Humano, simboliza el vuelco que ha experimentado la investigación en las últimas décadas y que ha relegado al ámbito de lo legendario al científico desaliñado y solitario que, tras años de esfuerzo, grita *eureka* en el silencio de su laboratorio.

Aunque nuestro país, como se analiza en el *Primer Plano* de este número, está manteniendo el buen nivel de proyectos, publicaciones y patentes alcanzado en las últimas décadas pese a los recortes humanos y financieros, la actividad científica podría resentirse si se continúa considerando la investigación como un ámbito de segunda división para el desarrollo de la nación.

Según los datos publicados por Eurostat la semana pasada, el gasto en I+D en la Unión Europea alcanzó el 2,02 por ciento del PIB en

2013, con Finlandia (3,32), Suecia (3,21) y Dinamarca (3,05 por ciento) en cabeza, frente al 1,24 de España, cifra que no se corresponde con su nivel de riqueza y que contrasta con el 3,38 de un deprimido Japón y hasta con el 1,98 de la emergente China. Y eso que el aumento del esfuerzo en I + D es uno de los cinco objetivos de la Estrategia Europa 2020 para impulsar la competitividad de la UE.

Se ha hablado y protestado mucho sobre esta decisión o, mejor, indecisión política, que pone en riesgo el patrimonio de experiencia, medios y relaciones establecidos en los últimos años. Se puede suplir sin duda la falta de recursos con imaginación, aprovechar las redes científicas, eliminar redundancias, seleccionar mejor los proyectos, agilizar la gestión y motivar a las plantillas; hay remedios que no implican desembolsos, sino organización y entusiasmo, pero deben estar abonados con una política que privilegie y anime la actividad investigadora, incluyendo los incentivos a la colaboración privada, no exenta ni mucho menos de la crisis. Esa predilección por la ciencia, que siempre tiene mucho de apuesta infructuosa a corto plazo, es también un aval para que nuestro país siga figurando en los grandes proyectos internacionales.

